

Baja al bosque en los rayos de la luna
Que argenta las paredes de este alcázar,
De magestad reviste á los volcanes
Que se yerguen cual mudas atalayas
Y os habla con la voz de los zenzontles:
¡Alados bardos que escuchó el Anahuac!

¿Qué puedo yo deciros cuando él sabe
Comprender como nadie vuestras ansias,
Coronar con sus mantos vuestros sueños
Vestir de luz las dulces esperanzas
Y besar con orgullo vuestras frentes
Cuando en el brazo sustentáis el arma?

¿No sentís que se cierne jubiloso
En esta fiesta noble y consagrada?
¿No sabéis que él aplaude la victoria
Que logran el talento y la constancia?

Imitad su entereza y su bravura,
Como él abrid para lo grande el alma,
Y seréis en la tierra y en la historia
Orgullo y regocijo de la patria.

29 de Noviembre de 1891.

Á VICENTE RIVA PALACIO

DESPUÉS DE SU PRISIÓN; EN DÍAS PRÓSPEROS.

Si adversa suerte con el genio impía
Quiere empañar tu nombre esclarecido,
Y tornas á tus libros y á tu olvido
En celda estrecha de prisión sombría,

Volverá entonces la palabra mía
A hablarte de esperanzas al oído
Y tornaré á venir como he venido
A compartir tus penas cada día.

Las golondrinas cantan á la aurora
Tú lo has dicho ¿recuerdas? si anochece
Tiembra y huye la turba adúladora.

Hoy que á cantarte van porque amanece
Dale un recuerdo al que padece y llora
Con el preso que llora y que padece!

1885.

EL GENERAL RAMÓN CORONA

Á LA DISTINGUIDA SEÑORA MARIA-ANA MAC-ENTEE,
VIUDA DE CORONA

Con la varonil belleza
De un joven soldado griego,
Dulce y franco en el lenguaje
Y en el carácter enérgico;
Alzándose con las alas
Del trabajo y del talento,
Y sin tener más blasones
Que su valor y sus méritos;
Ramón Corona era un hombre
De los que admiran los pueblos,
Porque cruzan por la tierra
Tan sólo de tiempo en tiempo.
Nació en honrada pobreza,
Y desde su albor primero
Con su personal trabajo
Ganó renombre y sustento.
Entró al campo de batalla
Desde sus años más tiernos
Y por sus costumbres puras,
Por su carácter discreto,
Por su valor sin medida,
Y su actividad sin término,
El lugar más prominente,
El más distinguido puesto,
Lo conquistó con aplauso
De contrarios y de adeptos.

Era, al mirarle á caballo,
Por lo arrogante y lo diestro,
Rival del gaucho más ágil
De cuantos las pampas vieron
Y en las horas de peligro
Era un adalid de hierro,
Al que nunca rindió el brazo

Ni la fatiga ni el sueño.
 Los franceses le temían
 De tal suerte, que pusieron
 Por una ley ominosa,
 Su noble cabeza á precio.
 Pero en *Villa Unión, Copala,*
Agua-zarca, Palos prietos,
El Espinazo del Diablo,
El colorado, Siqueros,
Veranos, Concordia, Vdlamo
 Y otros gloriosos encuentros,
 Les probó con su bravura
 Y con su heróico desnudo
 Que cuando invaden la patria
 Los más altivos ejércitos,
 Bastan para defenderla
 Algunos hijos del pueblo
 Que por invencibles armas
 Llevan la fe y el derecho.
 En Jalisco y Sinaloa
 Están vivos los recuerdos
 Del joven héroe, que supo
 Con inmortales ejemplos,
 Alcanzar en nuestra historia
 Un nombre limpio y eterno.

Refieren cuantos lo han visto,
 Que en el sitio de Querétaro
 Fué Corona el más humilde
 A pesar de su alto puesto;
 Y cuando en el *Cimatario*
 A sus soldados vencieron,
 Y se quedó triste y solo
 En medio del campamento;
 Al ver que llegaba Rocha
 Con poderosos refuerzos,
 Sin fijarse en su alto rango,
 Se le presentó diciendo:
 « Se han dispersado mis fuerzas,
 « Estoy solo y aquí vengo
 « *A batirme á vuestras órdenes,*
 « *Y aquí no mando, obedezco* ».

Después de que fué vencida
 La bandera del Imperio,

Era Corona en Jalisco
 El brazo de su Gobierno.
 Alzóse en la sierra de Alica
 Amenazante y siniestro,
 Manuel Lozada, llamado
El tigre, porque sus hechos
 Criminales y espantosos
 Amedrentaban al pueblo.
 Lozada, entre las abruptas
 Montañas que lo nutrieron
 Con sanguinarios instintos
 Desde sus años más tiernos,
 Era el feudal más salvaje
 Que registran nuestros tiempos.
 Dueño de vidas y haciendas,
 Absoluto en sus decretos
 Y rebelde y enemigo
 De la autoridad de México,
 Con diez mil indios armados
 Tuvo á Jalisco en acecho
 Y en setenta y tres intenta,
 A principios de Febrero,
 Hacer de Guadalajara
 De sus venganzas el centro.
 Corona con dos mil hombres
 Veloz le sale al encuentro;
 Acampa en la Mojonera
 A resistirlo resuelto,
 Y del reñido combate
 En los instantes supremos,
 Hallan que el parque está inútil
 Los soldados del Gobierno;
 Proyéctiles y saquetes
 Estaban casi deshechos,
 Y siendo la artillería
 De salvarse el solo medio,
 Frente á las chusmas compactas
 Que ya no estaban muy lejos.
 Corona, sin arredrarse,
 Ordena á sus compañeros
 Que recojan velozmente
 Paños de sol y pañuelos
 Y que al pie de los cañones
 Fabriquen saquetes nuevos.

Obedecidas sus órdenes
 Comienza el nutrido fuego,
 Derrotan al enemigo
 Que se dispersa en los cerros,
 Dejando en su rauda fuga
 Tupida alfombra de muertos
 Y queda Jalisco en salvo
 La paz torna á nuestro cielo,
 Y el joven héroe conquista
 Nuevas glorias ante el pueblo.

Algunos meses más tarde
 Corona en hispano suelo,
 Representa como pocos
 El limpio nombre de México.
 En España se le admira
 Por su natural modesto,
 Por ser amigo sin tacha
 Y en el hogar un modelo,
 Y porque busca ocasiones
 Para estrechar los afectos
 De dos pueblos que rebosan
 En iguales sentimientos.
 Vive ausente catorce años
 Y al fin retorna, trayendo
 El afán honrado y noble,
 El santo y hermoso ensueño,
 De ser en su amada patria
 Un infatigable obrero,
 Al conservar la paz firme,
 Fuente de todo progreso.
 Cuando pensaba dar cima
 A cuanto forma su anhelo,
 Y al Estado de Jalisco
 Honraba con su Gobierno,
 La mano de un asesino,
 De un loco, á la virtud ciego,
 Le da la muerte, ignorando
 Su crimen infame y negro.

.....

Dejad que envuelva mi lira
 Eterno crespón de duelo,
 Para llorar al patricio,

Al ciudadano, al guerrero,
 Que no debió morir nunca,
 Pues siempre fué por sus méritos
 De aquellos hombres que infunden
 Adoración á su pueblo,
 Porque cruzan por la tierra
 Tan sólo de tiempo en tiempo.

Marzo de 1893.

¡POR LOS RURALES!

IMPROVISACIÓN EN EL BANQUETE DE 3 DE MAYO DE 1891.

La voz mal, torpe el acento
 De la « influenza » á la presión,
 Pero sano el pensamiento
 Y el espíritu contento
 En esta franca reunión.

Brindo, cual siempre he brindado
 Con plectro humilde y sincero,
 Por el rancho-soldado,
 Que presenta uniformado,
 Vivo, á Nicolás Romero.

El cosaco mexicano
 Que tiene en monte y pradera
 Por cetro un lazo en la mano,
 Por corona su jarano,
 Trono en su silla vaquera.

Qué orgulloso se cimbréa
 Cuando el caballo relincha
 Si el rancho vecino otéa
 Y ufano caracoléa
 Haciendo crujir la cincha.

Por el rancho sencillo
 Cuya riqueza á mi ver
 La forman un vaquerillo,
 Un jorongo del Saltillo,
 Un rifle y una mujer.

Que en el palacio, en la choza,
De la tierra en la extensión,
Desde Marte á Zaragoza,
No hay quien no rinda á una moza
La espada y el corazón.

Brindo al que prefiere osado
Al « vol-au-vent » el elote,
Y al « Champagne » el « colorado »
Y al mejor faisán trufado
El « mole de guajolote ».

Al jazmín las amapolas,
Y en música es su ideal,
No Valkirias ni mamolas
Sino el wals « Sobre las olas »
Junto al Himno Nacional.

Por el que con frente ufana
Odia todo lo extranjero,
Y declara gente vana
Al que no echa una mangana
Ni luce en un herradero.

Por el que no halla en Europa
Semejante ni rival
En garbo, en usos y en ropa
Y que surge en nuestra tropa
Como tipo nacional.

Y por el hombre de honor
A cuyo augusto perfil
La gloria le da esplendor...
El caudillo vencedor
De Puebla en el dos de Abril.

Por su gloria y los fulgores
De su renombre inmortal
Y por sus timbres mejores;
Es decir, los tres colores
Del pabellón nacional.

¡POR LA INDEPENDENCIA!

Cuando hablo de la tierra donde he nacido,
Surgen sus grandes hechos en mi memoria;
Los héroes que sin mancha la han redimido;
Cada mártir sublime cada elegido,
Que en brazos de la muerte nació á la Gloria.

No son vanas ficciones ni frases huecas;
No es oropel mezquino ni lumbre fátua;
Yo sé bien que mis versos son hojas secas;
Pero al ver el más grande de los Aztecas,
De rodillas los pongo bajo su estatua.

Por Cuauhtemoc á Anahuac nadie desprecia
Y respeta sus glorias el mundo entero
Y no le asesta dardos la envidia necia;
Por un Homero vive la madre Grecia;
La madre Anahuac vive por un guerrero.

¡Ah! ¿por qué fué vencida la tierra indiana?
A la ley del progreso no hay quien resista;
Pudo más el mortero que la macana,
Y si todo lo vence la fe cristiana
Fué la Cruz la bandera de la conquista.

Allá el poder y el fausto que al trono abruma;
Aquí el desnudo atleta sobre el recinto;
Allá cotas de acero, y aquí de pluma;
Aquí el ánimo enfermo de Moctezuma
Y allá el brazo invencible de Carlos Quinto.

Venció á la raza indiana la raza ibera
Por una incontrastable ley de la historia;
La victoria fué grande y aun más lo fuera
Si no hubiera manchado con una hoguera
Cortés todos los fastos de aquella Gloria.

Tres siglos es España dueña y señora
De este suelo bendito, bello y fecundo;
Le da su fe y su lengua rica y sonora,
Y como nombre, el nombre que más adora,
El de « La nueva España del nuevo mundo ».

De dos viriles razas la sangre lleva,
La que puebla los feudos americanos,
En ella su patriotismo y su culto eleva,
Y nace con un grito la Patria nueva
¡La Patria que hoy tenemos los mexicanos!

Un anciano es el héroe, que sin el arte
De insignes capitanes, logra se agrupe
En su redor el pueblo, sin más baluarte
Que un valor sin ejemplo y un estandarte
Con nuestra indiana virgen de Guadalupe.

La virgen más humilde, la más morena,
Que siendo del Anahuac faro y consuelo
Alentaba á las tropas dulce y serena
Porque Ella era la madre paciente y buena
¡La Madre de los indios que está en el cielo!

Al ver ese estandarte libre se sueña
El pueblo que en él cifra todas sus luces;
La lucha más terrible pronto se empeña,
Hasta mirar flotando la santa enseña
Como un sol de victoria sobre las Cruces.

Muere Hidalgo y su senda sigue Morelos,
¡Descubrámonos todos, ante este nombre!
Cien victorias son premios de sus devenos;
Era de aquellos seres que envían los cielos,
¡Un semidiós que encarna con forma de hombre!

Al cadalso le lleva la fé que entraña;
La muerte le conquista su genio austero;
Pero otro nuevo genio queda en campaña;
El águila indomable de la montaña;
El mártir de Cuilápam, el gran Guerrero!

Y cuando ya parece que abate el ala
El Angel que velara tiempos mejores,
Y que el postrer suspiro la Patria exhala,
Sol de la nueva aurora, surge en Iguale,
El lábaro bendito de tres colores!

El pabellón augusto; la sacra forma
Del honor y la dicha de los hogares,
Que de la patria libre la senda norma,
Porque es la Independencia y es la Reforma,
En las manos de Hidalgo y en las de Juárez.

El pabellón no visto pero soñado
Por aquellos guerreros pobres y ardientes
Que con ancho sombrero, lazo encarnado,
Un caballo, un mosquete, y un pecho honrado,
Llamamos en la historia « los Insurgentes ».

Honremos sus recuerdos en este día;
La paz que disfrutamos en su victoria;
Imitemos sus hechos y su hidalguía;
Ellos fueron tus padres ¡oh patria mía!
Morir por vernos libres formó su gloria.

Un grito como el eco de la conciencia,
Bajo el sol de Septiembre doquiera vibre;
Fraternidad, estudio, trabajo y ciencia,
Esto salva y mantiene la Independencia
De un pueblo como el nuestro, valiente y libre.

UN HÉROE DE SINALOA

(22 de Diciembre de 1864)

Á MI RESPETADO AMIGO EL GENERAL FRANCISCO CAÑEDO.

¡Cómo engaña la apariencia!
¡Cómo desmiente el aspecto!
¡Cómo se engaña el que juzga
El alma según el cuerpo!

El bravo Antonio Rosales
Era de exterior modesto,
De una estatura mediana,
De ojos claros y serenos;
Bigote negro y poblado,
Obscuro y lacio el cabello,
Las cejas juntas y espesas,
De hablar pausado y discreto.

Desde los tristes instantes
En que Juárez dejó á México,
Y junto con sus ministros
Llevó á San Luis el Gobierno,

Rosales fué á presentarse
 Con afán al Ministerio,
 Y pidió lo incorporasen
 A los cuerpos del ejército
 Que á batir al enemigo
 Estuvieran ya dispuestos.
 Como era un desconocido,
 Inspiró á todos recelo,
 Y al punto le preguntaron
 Su partido y sus proyectos.
 — « Mi partido » — respondióles,
 — « Lo ignoro, pues no lo tengo »,
 « Yo no defiéndolo personas
 « Sino á la patria y al pueblo,
 « Y mi proyecto se cifra
 « En lograr de mi Gobierno,
 « Que á batir á los franceses
 « A mí me mande el primero ».
 Como nadie hiciera caso
 A tan honrados deseos,
 Quizás por otros asuntos
 De más trascendencia y peso,
 O también porque inspirase
 Aquel hombre algún recelo;
 Volvióse callado y triste
 A vivir á extraño puerto,
 Dejando para más tarde
 Mirar su afán satisfecho.
 El sabio Ignacio Ramírez,
 Aquel filósofo egregio
 Que de Catón tuvo el alma
 Y la lira de Tirtéo,
 Cuando en Mazatlán anduvo
 Mil amarguras sufriendo,
 Conoció á Antonio Rosales,
 Profundizó sus anhelos
 Y orgulloso de tratarlo,
 Escribió á Guillermo Prieto:
 — « Ya encontré al hombre que puede
 « Ser un héroe para el pueblo;
 « Aguila que busca espacio
 « Para remontar su vuelo;
 « Ya verás, llegado el día,
 « Si digo verdad ó miento ».

Diez meses después de dichos
 Estos solemnes conceptos,
 Cuando en Culiacán esperan
 Al invasor extranjero,
 Rosales á sus soldados
 Los organiza en silencio
 Y se queda á pocas leguas
 Para encontrarlos dispuesto,
 En el alegre y tranquilo
 Pueblecillo de « San Pedro.
 Cerca de trescientos hombres
 Con escasos elementos,
 Resisten al rudo empuje
 Del invasor altanero,
 Que con fuerzas imperiales
 Ataca con gran denuedo.

Rosales, con una audacia
 Propia de tales momentos,
 Después de emboscar dos piezas
 Y reservar en el centro
 Cien hombres, se lanza osado
 Al enemigo embistiendo
 Con una pequeña escolta
 Que combate cuerpo á cuerpo.

Los invasores lo envuelven
 Y juzgan el triunfo cierto,
 A punto que por los flancos
 Los hiera el compacto fuego
 De los infantes, que estaban
 Emboscados en el pueblo.

Pocas horas de combate
 Dan á Rosales el éxito;
 El enemigo le deja
 Cerca de cien prisioneros
 Con Gazielle, el comandante,
 Y ocho oficiales apuestos.

Sobre el campo se miraban
 Los heridos y los muertos,
 Banderas, parque, medallas
 Y cañones y trofeos.

Un argelino acercóse
 A Rosales, todo trémulo,
 Y quiso besar su mano,
 Pero el jefe sonriendo

Le contestó — « No acostumbran
Los hombres besarse en México ».

Un jefe de tiradores
Llorando, de rabia ciego,
Se niega á entregar su espada
Que se la pide un sargento,
Pero Rosales le dice:
« Dadla, sóis mi prisionero »
Y entonces, Gazielle, la suya
Dar quiere al bravo guerrero
Quien le dice — « Vos sóis digno
De conservarla en su puesto ».

No hay palabras que describan
La nobleza y el respeto
Que usó Rosales con todos
Sus vencidos prisioneros.

Ningún acto de violencia,
Ningún rencor, ningún hecho
Que revelase venganza,
Envidia, crueldad ó celo.

Rosales se mostró grande,
Justo, generoso y bueno
Y dió gloria al libre Estado
Que adora su nombre excelso
Eternizando en la historia
La batalla de San Pedro.

Marzo de 1893.

¡ FUEGO, SEÑOR !

BATALLA DE LOS REYES. — 20 DE FEBRERO DE 1865.

Á EDUARDO RUIZ.

Carlos Salazar, el héroe
Por nuestra patria llorado,
El mártir que tanta gloria
Dió á su causa en el cadalso;
Con mil cuatrocientos hombres
Obedientes á su mando,
Va de Uruápam á Jalisco,
Pues en el Sur de ese Estado
Están las tropas que intentan
Dar á Colima un asalto.

Después de largas fatigas,
Ya Teocuitatlán mirando,
Se detiene y manda al pueblo
Un correo extraordinario,
Pidiéndole á Guadarrama
Que auxiliara á sus soldados.

No le dan respuesta alguna,
Y ante tan gran desengaño
Entra al pueblo con su tropa
Y se encuentra de contrarios
A Guadarrama y los suyos,
Que dan aviso en el acto
A la guarnición francesa,
Pues ya tienen de aliados
En Zapotlán y Sayula
A imperialistas y zuavos.

En vista de tal suceso,
El jefe republicano
Contramarcha sin fijarse
En los terribles trabajos
Que les esperan á todos
Sus valerosos soldados.